

Palabras claves: violencia, empleo, relaciones de genero, masculinidad.

¿SÓLO TRABAJADORES / PROVEEDORES?

Santiago Capella Rodríguez *

1. INTRODUCCIÓN

Para la mayoría de los sujetos, en las culturas occidentales modernas, el trabajo ocupa un lugar central en el proyecto de vida elegido. Trabajar (sin importar las condiciones ni la tarea que se haga) es entendido como la única forma “decente y moralmente aceptable” de ganarse el derecho a la vida. El tipo de trabajo y obviamente el salario recibido a cambio determinan el estándar de vida, el esquema familiar, las actividades y relaciones sociales, los entretenimientos colectivos e individuales, la rutina diaria, etcétera. Por lo tanto, resulta paradójico que se privilegie “la ética del trabajo” como un pilar fundamental de la vida individual y del orden social, así como también se considere una supuesta garantía de la reproducción social (Bauman, 2005), al tiempo que sea el propio sistema económico y sociocultural, las estructuras de poder, los intereses de algunos colectivos y de algunos individuos e incluso el mismo mercado laboral, los que excluyen a un cada vez más creciente número de sujetos de las posibilidades y medios para trabajar. Dado que el trabajo ocupa un lugar central en la construcción de la identidad y es uno de los escenarios principales de la lucha por el poder, se hace necesario reflexionar sobre los efectos que tiene el desempleo o la crisis laboral en la subjetividad de los sujetos.

En el caso de este escrito, con el propósito de acotar el tema de estudio, reflexionaré, uno, acerca de la relación existente entre el papel de proveedor/trabajador y la construcción de la identidad masculina y, dos, reflexionaré también sobre los efectos que tiene el desempleo o la crisis laboral en la actual crisis de la masculinidad. Este texto intenta responder, en la medida de mis posibilidades, “cómo” los varones han constituido como uno de los pilares de la identidad masculina dominante el papel o rol de proveedor/trabajador. Los hombres han hecho sinónimo de su identidad el ser trabajador/proveedor, es decir, encuentran como elementos centrales para dar respuesta a la pregunta ¿quién soy yo? los componentes que otorga la actividad

* Doctorando en Psicología Social. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid.

laboral. Para un varón, condicionado por las directrices del ser que impone la masculinidad hegemónica, ser-existir es ser un trabajador/proveedor y, por ende, cuando las condiciones socioeconómicas e históricas no permiten cumplir cabalmente con dicho mandato algunos varones entran en crisis, una crisis que a mi ver es fundamental estudiar. El desempleo, uno de los mayores males de nuestra sociedad, es uno de los fenómenos macrosociales que sin lugar a dudas afecta la subjetividad de los individuos y por lo tanto su identidad. En la actualidad se vive a menudo al borde de la pérdida de control de la vida, existe un miedo enraizado, en gran medida en las historias laborales, pues no se halla a menudo un papel fijo que permita afirmar: esto es lo que hago, de esto soy responsable, esto es lo que soy. Existe un temor común a que las medidas tomadas, las que se necesitan tomar y la manera en la que se tiene que vivir para sobrevivir en la economía moderna lancen a la deriva la vida interior y emocional (Sennett, 2000).

Este texto consta de siete apartados, el primero, esta introducción, pretende, de manera breve y sin profundizar, hacer explícitas las condiciones socioculturales y económicas, como ya se vio contradictoras, que a mi ver nos sitúan frente a un problema social y subjetivo digno de estudio: por un lado la relación entre el papel de proveedor/trabajador y la identidad masculina y, por otro lado, la relación existente entre el desempleo o la crisis laboral y la crisis en la masculinidad.

El siguiente apartado es una breve reflexión acerca del trasfondo que, desde mi entender, contiene el concepto de identidad. Todo sujeto se pregunta a lo largo de la vida ¿quién soy yo? y, las respuestas que nos damos, determinan sin lugar a dudas nuestras acciones, emociones, formas de ser, nuestras formas de articularnos con la sociedad, con la política, la economía, etcétera. El tercer apartado introduce en el texto la noción de crisis social y subjetiva. Una de las características principales del mundo contemporáneo es el cambio, la ansiedad que éste produce y la crisis en las identidades que los sujetos experimentan en el intento de reconstruirse continuamente con el fin de adecuarse, negociar, negar, integrar, modificar... los “textos” que han sido contados a lo largo de la historia y que son parte fundamental de la identidad de cualquier individuo.

En el siguiente apartado, el cuarto, pretendo de manera breve y puntual explicar lo que entiendo por identidad, un proceso circular en el que el sujeto alimenta al discurso social y viceversa. El apartado quinto contiene las reflexiones acerca de la relación existente entre el papel de proveedor/trabajador y la construcción de la identidad masculina, en esta sección pretendo demostrar el fuerte vínculo que existe entre el trabajo remunerado y la masculinidad hegemónica.

Como sexto apartado se encuentran las reflexiones acerca de los efectos en la identidad masculina al enfrentarse los varones a una crisis laboral, se habla en éste de la crisis en la identidad y de las posibles salidas que buscan los sujetos cuando se encuentran en el desempleo o en medio de una crisis laboral que no les permite cumplir cabalmente con uno de los mandatos de la masculinidad hegemónica: ser el proveedor/trabajador familiar. Como último apartado se encuentran las conclusiones en las que he resumido y articulado las ideas expuestas a lo largo del escrito, esta última sección es el cierre del discurso, claro está un discurso que más que cerrarse nos conduce a un gran número de interrogantes y posibilidades de estudio.

2. Los cuentos que nos han contado.

masculinidad, identidad y Trabajo

Son preguntas y respuestas tan antiguas que como el eco resuenan en la memoria de mujeres y hombres, preguntas inherentes a nuestro devenir en el mundo que como tales han tenido contestaciones diversas en lo individual y lo colectivo. Sacerdotes, políticos, filósofos, sistemas educativos, instituciones sociales, literatos, científicos... han intentado dar respuestas que otorguen sentido a nuestra propia existencia, a nuestro ser en el mundo como sujetos y como sujetos con otros. Son preguntas y respuestas que intentan comprender los espacios que encierra la geografía de nuestros cuerpos y las subjetividades que con la significación de sus imágenes creamos, en plural, siempre en plural.

Son las respuestas que nos damos las que determinan opiniones, mohines, ritmos, voces, acciones, expresiones emocionales y afectivas, comportamientos. Confieren valoraciones, categorías y nombres, registran aprendizajes, identifican

o diferencian/excluyen, unifican o fragmentan. Son las palabras que nos han dicho, los cuentos contados por otros y por nosotros mismos, imágenes observadas, conceptos y construcciones aprendidas. Es el clan, la familia, el grupo, la sociedad y la cultura la que habla, el momento histórico que nos determina y es a la vez el sujeto quien hace suyo lo escuchado. ¿Quién soy yo?: el ser, identidad. ¿Qué me dice este cuerpo?, ¿soy un hombre?, ¿es ella una mujer?, ¿qué es ser un hombre?, ¿qué es ser una mujer?: el ser con cuerpo sexuado, identidad de género, masculinidad y feminidad.

Acaso Yo, hombre, ¿me constituyo varón al descubrir mi pene? Pensarme poderoso, fuerte, penetrador de lo penetrable, trabajador, rudo, dominante, mente y no emoción ¿me brinda la seguridad de saberme eso que llamamos masculino? Y, ¿dónde quedan mis inseguridades, angustias, mis temores y fragilidades?, ¿en qué viejo cajón he guardado mis emociones, sentimientos y el contacto y conocimiento de mi cuerpo y de los otros?

Las respuestas hasta hace no más de seis o siete décadas parecían claras: éramos hijos de los espíritus, éramos hijos de los dioses, éramos miembros de un pueblo, de un país, éramos trabajadores, proveedores o receptoras, éramos mente/razón y no emociones, éramos madres y padres, maridos y esposas, éramos masculinos o femeninos. Pero algo ha pasado, hoy día parece que la historia, lo social, lo económico, la ciencia, el poder, la política, etcétera no explican el presente y mucho menos ayudan a proyectar el futuro. Tal vez sea por eso que en el mundo contemporáneo los sujetos se preguntan más que nunca: ¿Quién soy yo?, ¿qué es ser un hombre? y ¿qué es ser una mujer? o, dicho de otra manera, social y subjetivamente, ¿qué significa ser hombre o mujer?, ¿cuáles son las prácticas, actividades, creencias, estructuras, valores, etcétera que nos hacen percibirnos y ser percibidos por los otros como un hombre o una mujer? Parece que el dilema central del sujeto actual es la identidad y en especial la identidad de género, los papeles están cambiando, los “textos” que justificaban las identidades de mujeres y hombres parecen estarse borrando, las historias que nos recitaron y que nos contamos a nosotros mismos parecen ya no tener la misma fuerza narrativa estructurante.

3. LOS PAPELES ESTÁN CAMBIANDO

Es indudable que uno de los rasgos característicos del siglo XX y el inicio del XXI es un amplio y profundo proceso de transformaciones tanto socioculturales como en las subjetividades/identidades que han ido perfilando, a lo largo de la historia contemporánea, nuevas formas de ser tanto para los hombres como para las mujeres (Elliott, 1997). Por otro lado, el análisis del proceso de construcción y deconstrucción de las ideas asumidas social y subjetivamente sobre la concepción occidental del sujeto permite distinguir, entre otras cosas, que las categorías de las que disponemos para referirnos a nosotros mismos tales como hombre, mujer, masculino o femenino, por ejemplo, son regulativas en el orden social participando activamente en la conformación de la subjetividad/identidad y de las instituciones sociales (Butler, 1982 ; Scott, 1986). Podemos afirmar, por lo tanto, que estas ideas asumidas han construido una serie de ficciones y creencias sobre la identidad que han llevado a una esencialización y categorización de la experiencia humana que limita las expresiones del ser, la diversidad de identidades y, a la vez, fomenta y da elementos, que se toman por verdaderos o naturales, para justificar la exclusión o discriminación de grupos y sujetos, como los varones que viven una crisis laboral que les dificulta cumplir con algunos de los mandatos socioculturales fundamentales de la identidad masculina hegemónica: ser trabajador/proveedor, obtener una cuota de poder y lograr un alto nivel en la jerarquía del estatus social (Mac an Ghail y Haywood, 2003).

Mujeres y hombres ocupan hoy día lugares laborales, políticos, de poder, afectivos, educativos, eróticos, etcétera que hasta hace muy pocas décadas eran exclusivos de uno u otro sexo. Los individuos, nuestras instituciones, la sociedad y la cultura en general se encuentran en un periodo de deconstrucción y cambio que afecta a un gran abanico de aspectos sociales e individuales como lo es el género y por ende la construcción de la masculinidad. Los varones, en concreto, se encuentran en un proceso de crisis y deconstrucción de la identidad, en gran medida, me parece, impulsado por las condiciones del mercado laboral actual que día a día excluye de un trabajo permanente y gratificante a un mayor número de grupos sociales. Los varones, en el mundo actual, ven cada día más difícil el cumplimiento cabal

de los mandatos del deber ser que impone la masculinidad hegemónica. Por ello considero se puede afirmar que una de las causas de la crisis masculina es la crisis laboral.

Los hombres han aprendido que la respuesta a la pregunta ¿quién soy yo? se encuentra en el trabajo remunerado. Han constituido como uno de los pilares de su identidad la equivalencia del ser con el ser proveedor/trabajador y, por lo tanto, cuando las condiciones socio-histórico-culturales y económicas exigen modificar los roles tradicionalmente aprendidos y ejecutados, como es el rol de proveedor/trabajador, se entra en un proceso de crisis y deconstrucción de la masculinidad que hasta ahora ha sido poco explorado, extrañamente, como consecuencia de la crisis laboral. Es decir, se ha hablado más de la relación existente entre la masculinidad y el papel de trabajador/proveedor, pero poco se ha hablado de las consecuencias en la construcción social y subjetiva de la masculinidad al enfrentarse el varón a una crisis laboral. Por ello profundizar en esta línea de investigación proporcionaría al conocimiento social y, en concreto a los estudios de la masculinidad, elementos originales y valiosos que hasta el día de hoy han sido poco desarrollados.

Resumiendo, en los últimos 10 ó 20 años se ha denominado “crisis de la masculinidad” a una serie de replanteamientos/deconstrucciones sociales y subjetivos acerca de las funciones públicas y privadas de los sujetos varones, acerca de los papeles tradicionalmente asignados que dieron lugar a estereotipos que definieron en nuestra sociedad lo que en teoría social se ha denominado masculinidad dominante o hegemónica. Estereotipos o roles como por ejemplo el del hombre proveedor/trabajador (Collinson y Hearn, 1996) que se ha instituido como uno de los pilares de la masculinidad y que hoy en día se encuentra en crisis producto, entre otros fenómenos socio-histórico-culturales y económicos, de la crisis laboral generalizada que es consecuencia de los cambios en el mercado laboral y en el paradigma económico que presenta, como algunas de sus características principales, la reducción a los niveles mas bajos posibles del costo en los procesos de producción y la reducción, por lo tanto, también a los niveles más bajos posibles, de la planta laboral, es decir, del número de trabajadores empleados.

4. EL CONCEPTO DE IDENTIDAD

Con el fin de participar como miembros efectivos de la sociedad y con el propósito de entrar en interacción social permanente con los demás debemos establecer quiénes somos en términos sociales y subjetivos, debemos asignarnos un significado a nosotros mismos, es decir, debemos construirnos una identidad. La identidad en su definición más simple es la respuesta que damos a la ancestral pregunta: *¿quién soy yo?*, es el sentido que cada uno tenemos de nuestro lugar en el mundo y el significado que nos damos y les damos a los otros. Nuestra identidad deja su huella en cada cosa que hacemos, actuamos con los otros sobre la base de lo que creemos ser. Interactuamos con los demás, decimos los psicólogos sociales, basándonos no tanto en lo que “realmente” somos sino en las concepciones acerca de nosotros mismos y de los que nos rodean y por tanto nos conforman.

Entiendo el concepto de identidad, que es imprescindible definir para este escrito aunque sea de forma simple, es decir, sin entrar en las largas discusiones que el término podría suscitar, como se concibe desde la perspectiva del interaccionismo simbólico; la identidad es concebida tanto como una categoría social (generada y generadora), tanto como una marca personal, es decir, única e individual. “En este sentido la identidad está contenida en los significados del sí mismo (*self*) – lo que significa ser quien uno es–. Decir “soy estudiante” es clasificar el sí mismo, pero esa afirmación no nos dice lo que significa ser un estudiante. Estos significados internalizados varían de persona a persona, pero esas variaciones se centran en un conjunto de comunes acuerdos, significados y expectativas que forman parte de la cultura general. No obstante, dichos significados siempre son parte del sí mismo –de quien uno es–. Éstos me dicen que esperar de mi mismo y como responderme a mi mismo. Pero como son compartidos, éstos le dicen a los otros como responder frente a mí”¹.

En los trabajos más recientes de esta línea teórica, en especial en los Estados Unidos de Norteamérica, los significados de la identidad se basan en los roles que uno ejerce: ser padre, investigadora científica, obrero, proveedor familiar,

¹ Burke, Peter J., “Introduction” en, Burke, Peter J., *et al* (eds.), *Advances in Identity Theory and Research*, 2003, 1p. (Libre traducción de la cita)

estudiante, etcétera son roles de la identidad que aprendemos, uno, de nuestro conocimiento cultural compartido y, dos, de nuestra propia experiencia en los papeles que desempeñamos y que negociamos a través de la interacción con los otros mediada por el lenguaje. Deshilando aún más el concepto de identidad nos encontramos con la propuesta de Burke (2003) que señala como piezas del rompecabezas dos elementos que abreviando –y sin perder de vista que es un modelo y por ende es una simplificación de un fenómeno social y subjetivo sumamente complejo– se pueden definir de la siguiente manera:

1. Identidades sociales:

- a) Por un lado, las categorías o grupos sociales a los cuales uno pertenece. Ser mexicano, español, estudiante, deportista o miembro de una banda callejera, por ejemplo, son categorías o grupos sociales que nos proveen de significados que nos ayudan a definir quienes somos.
- b) Por otro lado, las sociedades deben reproducirse simbólicamente, deben mantener y transmitir a sus miembros las normas y modelos del ser lingüísticamente elaborados que constituyen las identidades sociales.

2. Identidades personales: son aquellas características propias que no necesariamente son compartidas con otros, por ejemplo: ser asertivo, sensible, confiable, etcétera. También son aquellos elementos de las identidades sociales que han sido interiorizados y reelaborados por un sujeto en concreto.

En otras palabras, todo aquello incorporado subjetiva y objetivamente es siempre filtrado por un tamiz único: el sujeto y su subjetividad/identidad. Somos sujetos/complejos únicos, genéticos, psicológicos, históricos... pero a la vez somos sujetos de los socio-histórico-cultural, de lo instituido. Integrantes de uno o varios grupos evocamos su consigna a cada paso, escenificamos la parodia del poder ya conocida, llevamos a escena los cuentos contados por otros y por nosotros mismos en el trabajo, en la cama, con los hijos, la pareja, la familia, con nuestro propio ser. Somos uno y simultáneamente somos los otros.

En resumen, la identidad es, uno, una combinación que creamos a partir de los roles que ejercemos, las identidades sociales a las que pertenecemos y las individuales que consideramos nuestras características esenciales y, dos, la identidad es, por un lado, una función que erigimos para dar respuesta a la ancestral pregunta que todo ser humano se hace: ¿quién soy yo? y, por otro lado, la identidad es una actividad de reproducción y deconstrucción simbólica, el sí mismo, compuesto de múltiples identidades (Burke, 2003) refleja, a través del proceso de creación de las mismas, las características de la sociedad en la cual dichas identidades están inmersas.

Las entidades mentales no son construcciones *a priori* a nuestra socialización que nacen en el interior de nuestra cabeza, ni tampoco se introducen en ella mediante nuestra experiencia conductual, éstas “radican y se fraguan en el tejido relacional, en el espacio de vida, en el entramado social, en el magma simbólico constituyente y constituido de eso que llamamos «los individuos». Se asume, en otras palabras, que lo que llamamos entidades mentales pertenecen a la discursividad en la que se baña y de la que está hecho en parte todo ser social”². El modelo individualista de la mente está dando paso a uno de corte transaccional en el que se reconoce que la cultura y la historia también entran en juego en la constitución de la mente. Considero que se debe abandonar la anquilosada imagen del lenguaje como simple medio neutral descriptivo; las palabras no tienen únicamente una función representativa, el lenguaje, según este autor, tiene una función pragmática, es una actividad como los juegos, con sus reglas convenidas, no arbitrarias y, por ende, debemos asumir que *los juegos del lenguaje* nos remiten a las formas de vida de sus hablantes y a los marcos contextuales socio-histórico-culturales que están, valga la repetición, en juego.

5. MASCULINIDAD Y EL PAPEL DE PROVEEDOR/TRABAJADOR

No se puede negar que a lo largo del siglo XX y los principios del siglo XXI los investigadores y los escritores han hablado de los hombres y su relación con el trabajo, pero tampoco podemos negar que es relativamente reciente el momento en el cual los varones han sido reconocidos como sujetos inmersos en las

² Domènech Miquel e Ibañez Tomás, “La Psicología Social como Crítica”, en *Revista Anthropos Huellas del conocimiento*, número 177, 1998, 19 p.

estructuras de género y, que por lo tanto, su estudio requiere un análisis crítico y detallado (Collinson y Hearn, 1996). No incluir como categoría de análisis el género en dichos estudios provocó, en la mayor parte de los ámbitos, que la relación de los hombres con el trabajo, el estilo de autoridad, el poder y la dominación masculina en distintos niveles jerárquicos fuera simplemente aceptada y no cuestionada, es decir naturalizada. Por lo tanto, en este escrito, lo que me interesa explorar –y ahí radica la importancia de definir el concepto de identidad– son algunos de los elementos constituyentes de la masculinidad que se han heredado a través de los discursos socio-histórico-culturales, en concreto la articulación existente entre la función o papel de proveedor/trabajador y la masculinidad. Me parece que es una de las maneras como se puede contribuir a desnaturalizar la división basada en el género de los ámbitos público y privado y también las divisiones basadas en el género del mundo laboral.

Reflexionaré también acerca de los cambios que dicha articulación está sufriendo como resultado de la crisis laboral actual por la que están pasando un gran número de varones y familias, que al modificar los papeles sociales y familiares tradicionales, como una de las vías de supervivencia y mantenimiento del estatus, se reorganizan y por ende reestructuran las identidades de cada miembro del grupo familiar. Por lo tanto, podemos afirmar que durante este proceso de crisis se deconstruye también la masculinidad. Ya que la masculinidad y la feminidad son socialmente construidas a través de un contexto histórico de relaciones de género, las definiciones de la masculinidad son históricamente reactivas a los cambios en las definiciones de la feminidad (Kimmel, 1987). Los cambios sociales, como por ejemplo los que se dan en el mercado y la organización del trabajo, crean los parámetros estructurales para los cambios en la disposición familiar y, por lo tanto, las relaciones de la familia con la economía y la sociedad se modifican fomentando también la deconstrucción de las identidades/subjetividades.

La falta de empleo o la pérdida parcial del mismo es una de las consecuencias de los cambios en la estructura del mercado laboral y en el paradigma económico que incide en los procesos familiares, sociales y subjetivos. Así pues, es importante explorar el significado que esto tiene en la autopercepción desde el ser varón, el proceso vivido

rumbo a una posible redefinición de roles o funciones sociales reconocidas, así como las consecuentes transformaciones y posibles conflictos entre la masculinidad hegemónica y las otras masculinidades (Connell, 2003 ; Seidler, 2000). Es importante reflexionar sobre la relación que tiene la crisis laboral actual con la crisis en la masculinidad, las diversas formas como los varones la experimentan, se resisten, negocian, se reestructuran o se adaptan. “Los factores que pueden producir cambios son los mismos factores que mantienen el *status quo* y, ambos, están intencionalmente dispuestos en el proceso que se deriva de los contenidos de nuestras identidades. En esta línea los cambios políticos están vinculados con las posibilidades contenidas en la identidad”³.

Considero fundamental analizar la relación entre el trabajo asalariado y los hombres si se pretende entender la construcción socio-histórica-cultural de las masculinidades pues el trabajo remunerado es uno de los pilares base de la identidad masculina, su estatus y posición en las estructuras de poder. Para la mayoría de los hombres el empleo proporciona los recursos económicos y los beneficios simbólicos relacionados con el salario, así como las habilidades, la experiencia, la carrera profesional, las posiciones de poder y de autoridad que construyen su identidad (Collinson y Hearn, 1996). Los varones, por lo tanto, son educados para silenciar sus emociones y sentimientos porque tienen que aprender a identificarse con una ausencia de necesidades emocionales y corporales pues se cree –según dicta la masculinidad hegemónica– estas interfieren en el papel de proveedor/trabajador, aprenden así a centrar la vida únicamente en torno a las exigencias del trabajo que es donde supuestamente se construye la identidad masculina (Seidler, 2000); la función de la ideología masculina por lo tanto es motivar a los hombres para que trabajen. En este sentido es necesario entender a los ‘hombres’ y el ‘trabajo’ como una interrelación basada en el género a través de la cual diversos significados de hombría se establecen, se sostienen, negocian, batallan, se discriminan, se excluyen, etcétera.

Los cambios en los modos de producción ocurridos durante los siglos XVIII, XIX y XX en el mundo occidental dieron lugar a la división espacial, basada en el género, de las esferas de lo público y lo privado. La naturaleza vinculada al género de las

³ Spears, Russell, “Introduction” en, Ibáñez, Tomás e Íñiguez Lupicinio (eds.), *Critical Social Psychology*, 1997, 19 p. (Libre traducción de la cita).

pequeñas unidades domésticas de producción que caracterizaron a la temprana industrialización abrieron el camino para la redefinición de las relaciones con lo público y lo privado tanto para los hombres como para las mujeres. Como es evidente la separación en diferentes esferas de existencia (existir en lo público o existir en lo privado) y de roles determinados por el deber ser ayudó a establecer y sostener las ideologías de la clase media en torno a la feminidad y la masculinidad. La interrelación de las ideologías de la clase media y la industrialización promovió sin duda alguna el reordenamiento del paisaje *generizado*⁴ del mundo laboral.

Una de las consecuencias de este reordenamiento sociocultural que mayor impacto ha tenido en las estructuras de género fue introducir en el discurso y en las estructuras sociales la dicotomía proveedor–cuidadora del hogar⁵ (Mac an Ghail y Haywood, 2003). Es a principios del siglo XX cuando el papel de proveedor del ingreso familiar adquiere mayor impacto en las estrategias de empleo; el trabajo de las mujeres a partir de entonces es considerado secundario o suplementario y por lo tanto se sostiene más fácilmente en las estructuras y en los discursos sociales, al no cuestionarse e ignorarse esta desigualdad, los salarios más bajos y las pobres condiciones laborales a las que son orilladas las mujeres, eso sin hablar de la total devaluación del trabajo dentro del hogar (cuidado de los hijos, limpieza, cocina, atención al marido o pareja, etcétera). Se sostiene también más fácilmente por ende el discurso de la masculinidad hegemónica que dicta a los varones construir su identidad en torno al rol de proveedor/trabajador y de administrador económico en el hogar.

Es a partir de la dicotomía proveedor–cuidadora del hogar que el ser trabajador y el ser hombre se convierten en sinónimos. El trabajador varón, según la masculinidad hegemónica, se hace hombre a través del trabajo y su pareja debe hacerse cargo de todos los otros aspectos de la vida cotidiana, dicho en pocas palabras, en el mundo occidental convertirse en un hombre es convertirse en un trabajador. Como trabajadores los hombres participan en las relaciones familiares, principalmente, a través de la aportación económica, planteándolo en los términos de la masculinidad

⁴ A falta de un vocablo más adecuado utilizo *generizado* como una libre traducción del término en inglés *gendered*.

⁵ Los términos proveedor y cuidadora del hogar son una libre traducción de las palabras en inglés *breadwinner* y *homemaker* comúnmente utilizadas en la literatura inglesa y estadounidense que trata el tema del género.

hegemónica, a mi ver bastante erróneos y limitados, los hombres libran a las mujeres de las vicisitudes del ámbito laboral a cambio de que ellas se encarguen de todos los otros aspectos del cuidado familiar. Los varones deben ser los encargados, dicta la masculinidad dominante, de luchar por conseguir el ingreso familiar, el estatus deseado y la cuota de poder pretendida a expensas de las mujeres y de los hombres que nos sentimos incómodos con estos mandatos.

Podemos conocer muchas de las características de los roles tradicionales masculinos observando las exigencias que el mundo actual reclama para cumplir con el mandato social de ser el proveedor/trabajador del ingreso familiar que, repito, es una de las piedras angulares de la masculinidad dominante. Es decir, muchas de las características de la masculinidad hegemónica como por ejemplo el ser competitivo, la necesidad de poder, la exclusión del otro, la negación emocional, etcétera, me parece, son características evidentes del mundo laboral y producto de la relación circular entre construcción y deconstrucción de la subjetividad y la construcción y deconstrucción de las instituciones sociales. Por tanto se puede afirmar que las características de nuestra estructuración subjetiva se reflejan en el ámbito institucional y viceversa.

6. ¿LOS DESEMPLEADOS, MENOS HOMBRES?

Los varones constantemente construyen y evalúan su identidad de género y a la vez generan jerarquías sociales comparándose con los otros de acuerdo con una gran variedad de criterios que indican, entre muchas otras cosas, el éxito personal en el ámbito laboral; por ello, el desempleado, es situado en los niveles más inferiores de la jerarquía social excluyéndolo o discriminándolo y por lo tanto empujándolo a una crisis de identidad. ¿Si ha dejado de ser trabajador/proveedor –sinónimo de hombre para la masculinidad hegemónica– qué es ahora?, ¿cuál es su papel familiar y social?, ¿cuál es su identidad, su nombre? La “identidad del hombre” al no poder cumplir con el papel de proveedor/trabajador entra en crisis, ya que, como todas las identidades, la masculina, debe ser continuamente construida, negociada y deconstruida a través de las interacciones sociales y, también, por medio de los procesos de identificación y diferenciación; de los que en gran medida es excluido el desempleado o el que no puede cumplir cabalmente con el papel de

proveedor/trabajador ⁶. Es la fragilidad de la identidad masculina dominante que a pesar de presentarse engañosamente como fuerte, autoritaria y autosuficiente es constantemente amenazada por las fuerzas sociales y económicas como la tecnología, el desempleo, el feminismo y las iniciativas de igualdad de derechos y oportunidades, las clases sociales, la jerarquización de grupos, las diferentes masculinidades jerarquizadas (Connell, 2003), etcétera.

La noción de la masculinidad articulada con el papel de trabajador/proveedor exclusivo de los varones parece estar, exponencialmente, perdiendo su sentido en parte por el número creciente de mujeres que están accediendo al mercado laboral y al trabajo de tiempo completo remunerado y también por la creciente tasa de desempleo masculino. Las mujeres comienzan, gracias a sus trabajos asalariados, a romper con los papeles convencionales, la jerarquización y el estatus, las estructuras de poder, etcétera. Ya no podemos describirlas o darles existencia en dependencia de su proveedor más cercano (marido, amante, padre, etcétera), las mujeres, debemos entenderlo, al comenzar a participar en la esfera pública deben, uno, ser posicionadas socialmente por sus méritos propios y, dos, debemos entender que fomentan con su presencia en la esfera pública la deconstrucción de las instituciones sociales, de las estructuras de género y por la tanto de la masculinidad.

Existen diferentes estudios, fuentes estadísticas, notas en la prensa, etcétera que indican como la tasa de desempleo para los varones ha ido creciendo en los últimos 10 o 15 años ⁷, por lo que algunos autores sugieren como una estrategia de análisis e investigación de la crisis masculina el estudio de aquellos hombres cuyas identidades están en juego. Es decir, una línea interesante, novedosa y con grandes posibilidades de aportar al conocimiento de la construcción socio-histórica-cultural de las masculinidades elementos fundamentales y pocos

⁶ Una crisis laboral no es únicamente el desempleo total, puede considerarse también como crisis laboral la reducción de jornada, de salario o de nivel en la jerarquía social de las diferentes ocupaciones.

⁷ Por ejemplo:

-Rendón Gan, Teresa, *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*, PUEG-UNAM, México, 2003, .

-INEGI: Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) México, 2005.

www.inegi.gob.mx/est/default.asp?c=5213

-Organización Internacional del Trabajo: Base de datos LABORSTA <http://laborsta.ilo.org>

explorados es la reflexión teórica y el trabajo empírico acerca y con los varones desempleados o en crisis laboral, aquellos varones que como ya se ha dicho se ven impedidos para cumplir cabalmente con algunos de los mandatos de la masculinidad dominante y que por lo tanto se encuentran frente a una crisis de identidad.

El desempleo o la crisis laboral, si partimos de la equivalencia entre trabajador/proveedor y varón, amenaza la identidad dominante de los hombres, sus relaciones sociales, el estatus, la participación en las estructuras de poder y, por lo tanto, podemos afirmar su salud física y psicológica. Los varones desempleados pueden experimentar sensación de soledad y aislamiento pues encuentran dificultades intrínsecas a su ser para restablecer las redes sociales perdidas al sufrir una crisis laboral; los hombres no saben reestructurar sus relaciones sociales ya que han aprendido a sostenerlas, uno, a través de las normas, valores y formas del ser marcadas por la masculinidad hegemónica y, dos, por medio del éxito personal en el mundo laboral (Mac an Ghail y Haywood, 2003). La separación espacial entre el hogar, el trabajo y los espacios relacionados con éste tienen un impacto particular en la forma en la que el desempleo o la crisis laboral es experimentada por los varones.

El desempleo masculino genera una nueva o diferente convergencia entre los hombres y la esfera privada, sin embargo, es difícil o imposible predecir como se vivirá esta experiencia. Podemos pensar que la participación de los varones en los roles domésticos puede conducir a relaciones más equitativas entre hombres y mujeres, mas no debemos olvidar que el hecho de que los varones ocupen los espacios domésticos no conduce necesariamente a la reestructuración del orden familiar y por ende a la deconstrucción de los papeles de género. Debemos tomar en cuenta en nuestros análisis que los hombres considerados proveedores/trabajadores hasta antes de sufrir una crisis laboral ocupaban una posición privilegiada que es difícil de perder o reestructurar, por lo que no debemos olvidar:

- 1. Aunque se pueden reconocer muchos cambios en pro de la igualdad y la justicia en las estructuras de género los hombres y las masculinidades**

seguimos dominando muchas de las estructuras, culturas y prácticas de la vida organizacional y cotidiana. Como han señalado los estudios feministas las instituciones sociales, los espacios de relación social y las subjetividades tanto de los hombres como de las mujeres se encuentran saturadas de valores y supuestos masculinos.

2. Como todos los cambios sociales la deconstrucción de las estructuras de género y sus consecuencias socioculturales encontrarán resistencias. En el caso concreto de las masculinidades no debemos olvidar que la resistencia masculina al cambio tiene un componente fundamental: en una sociedad basada en la estructuración institucional del poder de los varones sobre las mujeres los hombres se benefician de las definiciones de masculinidad y feminidad y, por lo tanto, algunos sectores como es evidente no quieren que las cosas cambien e incluso no quieren que sean cuestionadas. Los hombres históricamente han exhibido una satisfacción alta con las relaciones de género existentes y, al utilizar la masculinidad hegemónica como el modelo normativo de referencia, por un lado se agudiza la distancia entre los géneros y entre las propias masculinidades. Y, por otro lado, no se cuestiona la reproducción de las relaciones de poder existentes, se niega su variabilidad histórica y por ende no se considera el género como abierto al desafío, al cuestionamiento y al cambio (Kimmel, 1987).

Como se ha dicho, un aspecto clave de la identidad masculina dominante es el monopolio de la esfera pública, por ende, podemos pensar que la inclusión en el espacio privado, la mayor parte de la veces obligada, es un reto para los varones y su masculinidad. En esta línea se puede afirmar que los hombres, al vivir una crisis laboral, en muchas ocasiones en lugar de elegir un camino “positivo” (hacia la equidad de géneros) de deconstrucción de su identidad suelen optar por reafirmar su masculinidad a través de la negativa o el rechazo del mundo doméstico, a través de una activa disociación de las esferas pública y privada. Los bares, cantinas, parques, cafés e incluso las aceras se convierten en recursos importantes para sostener la división entre lo público y lo privado y por lo tanto para mantener el núcleo duro de la masculinidad hegemónica.

Como consecuencia de la crisis laboral existen diversas manifestaciones de ansiedad que experimentan los varones desempleados, una de ellas que es sumamente ilustrativa es la sensación de pérdida de atractivo. Los hombres desempleados comúnmente manifiestan la idea de ser menos atractivos para sus parejas; los celos devienen cuando se imaginan compitiendo con los rivales que sí trabajan, rivales que desde su entendimiento mediado por la masculinidad hegemónica son “más hombres que ellos”; el monólogo interno que puede generarse es usualmente la autorecriminación pues, como “verdaderos hombres”, ellos deberían estar en la posición de poder proveer a sus familias. Se puede deducir por lo tanto que el desempleo o la crisis laboral es vivida en ocasiones como falta de poder, carencia de masculinidad/virilidad, vergüenza, en fin, carencia de las aptitudes necesarias para cumplir con las expectativas socioculturales que hemos introyectado como parte de nuestra identidad. Cabe señalar que estas sensaciones experimentadas por los varones en crisis laboral tienen una interconexión sumamente estrecha con la noción de respetabilidad social, los hombres en crisis laboral o desempleo suelen sentir que perdieron sus aptitudes o características que les concedían una posición privilegiada y respetada en la sociedad. Como respuesta podemos encontrar que algunos varones buscan reconquistar esa posición de poder y privilegio a través de estrategias propias de lo que Connell (2003) denominó ‘la masculinidad que protesta’: ⁸ Algunos hombres al experimentar la pérdida de poder o al no encontrar estrategias de poder adecuadas o positivas para ganarse el respeto de los otros exageran, a través de la figuras existentes de las convenciones masculinas, su reivindicación de la masculinidad hegemónica proclamando las características de la masculinidad más férrea: alto contenido sexual en las conversaciones, violencia, alto consumo de alcohol o drogas como muestra de hombría, trato despectivo a las mujeres, etcétera. Son, a mi ver, “las patadas de ahogado” que dan algunos hombres que encuentran su identidad de género en crisis y que se sienten perdidos al no tener, como elementos constitutivos de su identidad, la experiencia del cambio ni los espacios apropiados para la apertura emocional.

7. CONCLUSIONES

⁸ Este término es una libre traducción de *protest masculinity*, concepto que aparece en el texto de Connell, *Masculinidades*.

- Lo que entendemos por masculinidad y feminidad impacta directamente en lo que clasificamos o tipificamos como trabajo, ya que escondidos tras nuestra concepción de empleo se encuentran los supuestos socio-histórico-culturales de la separación entre lo público y lo privado, algunos patrones socioculturales del deber ser y también la organización, basada en el género, de la reproducción y la producción económica.
- El género se encuentra articulado a la estructura ocupacional con patrones y estrategias de bloqueo y exclusión que deniegan la entrada al que no cumple con los rasgos delimitados por la masculinidad hegemónica, se relega o confina a las ocupaciones consideradas secundarias a aquellos que no cumplen los mandatos y las supuestas características del ser masculino. El caso más claro es la exclusión de las mujeres del ámbito laboral, los puestos de poder y decisión, pero no debemos olvidar, como señala Connell (2003), que las jerarquías y segregación también existen dentro de la diversidad de masculinidades. Las distintas posiciones jerárquicas en el mercado laboral y el prestigio simbólico de los diferentes grupos ocupacionales en la sociedad son parte del continuo proceso colectivo de la batalla distributiva de los bienes económicos y simbólicos: poder, reconocimiento, estatus, etcétera (Witz, 1995).
- Para la mayoría de hombres, en las sociedades occidentales modernas, entrar al mundo del trabajo significa alcanzar la hombría, es un rito de iniciación que se lleva a cabo en el mundo público y productivo del hombre. Las definiciones socio-histórico-culturales de la masculinidad dan un énfasis particular al papel del hombre como proveedor en el hogar y, consecuentemente, funcionan como parte de una red de suposiciones ideológicas que apoyan la división sexual del trabajo entre hombres (público/productivo) y mujeres (privado/doméstico). De la misma forma las expectativas acerca de la masculinidad fusionan los roles de “hombre” y “trabajador”: ser un hombre exitoso es ser un buen trabajador/proveedor (Leach, 1995).
- El desempleo o la crisis laboral por ende, si partimos de la equivalencia entre trabajador/proveedor y varón, amenaza la identidad dominante de los

hombres, sus relaciones sociales, el estatus, la participación en las estructuras de poder y, por lo tanto, podemos pensar, su identidad, su salud física y psicológica.

- Para algunos varones, determinados por los mandatos de la masculinidad dominante, una de las preocupaciones centrales es la búsqueda de medios para mantener la seguridad material y simbólica en un mundo social y organizacional en ocasiones precario, usualmente competitivo y cambiante, profundamente jerárquico y dividido por clases, el género, la edad, la raza, etcétera. Por ello como estrategias de supervivencia, como herramientas para la competencia en el mercado laboral y, me parece, como herramientas de seducción algunos varones influidos por los mandatos de la masculinidad hegemónica buscan a toda costa ser o aparentar profesionalismo, noción que se encuentra estrechamente vinculada con la habilidad individual y la identificación con el trabajo, lo que socialmente se ha denominado “autodisciplina” y que sin lugar a dudas es una de las características de la masculinidad dominante al igual que el papel de proveedor/trabajador al que está articulada.
- Los cambios en las estructuras del ámbito laboral como por ejemplo el incremento en los trabajos de medio tiempo, el trabajo temporal, el autoempleo, el trabajo realizado en casa, el creciente número de la participación femenina, la reducción en la demanda de empleos para los varones, entre otros, sugieren que la división entre trabajo de hombres y trabajo de mujeres empieza a desdibujarse y, por lo tanto, si el trabajo para los varones ha sido uno de los pilares de su identidad y una fuente de poder y estatus, con los cambios en el mundo laboral, la posición social de los hombres podría también estar cambiando al igual que la articulación entre el papel de proveedor/trabajador y la masculinidad, por ende la identidad de muchos varones se puede afirmar esta en crisis. El sistema económico, los cambios socio-histórico-culturales, los políticos, etcétera han llevado a la masculinidad hegemónica a un estado de crisis ya que sus pilares principales parecen no responder a muchas de las interrogantes y necesidades que el fin del siglo XX y los comienzos del XXI plantean: ¿Quién soy yo?, ¿qué significa ser un hombre o una mujer?. Las respuestas no son sencillas y los

varones encontramos hoy en día que estas no se encuentran únicamente en la articulación del papel o rol de trabajador/proveedor con la masculinidad. Podemos concluir por lo tanto que los hombres estamos, de muy diversas formas, en ocasiones voluntariamente y en otras forzados por las circunstancias, deconstruyendo la identidad masculina y por ende las estructuras de género.

BIBLIOGRAFÍA

- **BADINTER, ELISABETH, XY. LA IDENTIDAD MASCULINA, ALIANZA, MADRID, 1993.**
- Bauman, Zygmunt, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona, 2005.
- Benhabib, Seyla y Cornella, Drucilla (eds.), *Teoría feminista y teoría crítica. Ensayos sobre la política de género en las sociedades del capitalismo tardío*, Edicions Alfons el Magnànim, España, 1990.
- Beynon, John, *Masculinities and Culture*, Open University Press, Inglaterra, 2002.
- Burin, Mabel y Meler, Irene, *Varones. Género y subjetividad masculina*, Paidós, Argentina, 2000.
- Burke, Peter J., *et al* (eds.), *Advances in Identity Theory and Research*, Kluwer Academic/Plenum Publishers, Inglaterra, 2003.
- Butler, Tim y Savage, Mike, *Social change and the middle classes*, UCL Press, Londres, 1995.

- Butler, Judith (1982), “Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault” en, Lamas, Marta (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, UNAM-PUEG, México, 1996.
- Coltrane, S. (1994), “Theorizing Masculinities in Contemporary Social Science” en, Brod, H. y Kaufman, M. *Theorizing Masculinities*, Sage, 1994.
- Collinson, David y Hearn, Jeff (1996), “‘Men’ at ‘work’: multiple masculinities/multiple workplaces” en, Mac an Ghail, Máirtín (ed.) en, *Understanding masculinities: social relations and cultural arenas*, Open University Press, Gran Bretaña, 2000.
- Connell, R.W., *Masculinidades*, PUEG-UNAM, México, 2003.
- Crespo, Eduardo y Soldevilla Carlos (eds.), *La constitución social de la subjetividad*, Catarata, Madrid, 2001.
- Elliott, Anthony, *Sujetos a nuestro propio y múltiple ser. Teoría social, psicoanálisis y posmodernidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1997.
- Ervø, Søren, Thomas Johansson (eds.), *Among men. Moulding Masculinities. Volume 1*, Ashgate, Inglaterra, 2003.
- Evans, Jessica, du Gay Paul y Redman Peter (eds.), *Identity: a reader*, SAGE Publications y The Open University, California, 2000.
- Fernández Villanueva, Concepción, *Psicologías sociales en el umbral del siglo XXI*, Editorial Fundamentos, España, 2003.
- Gil Calvo, Enrique, *El nuevo sexo débil. Los dilemas del varón posmoderno*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1997.

- Harding, Sandra (ed.), *The Feminist Standpoint Theory Reader. Intellectual and Political Controversies*, Routledge, Inglaterra, 2004.
- Héritier, Françoise, *Masculino/Femenino. El pensamiento de la diferencia*, Ariel, Barcelona, 1996.
- Hood, Jane C., *Men, Work, and Family*, Sage Publications, EUA, 1993.
- Ibáñez, Tomás, *Psicología social construccionista*, Universidad de Guadalajara, México, 2001.
- Ibáñez, Tomás y Lupicinio, Íñiguez (eds.), *Critical Social Psychology*, SAGE Publications, Londres, 1997.
- Johansson, Ella (2003), “Beautiful Men, Fine Women and Good Work People: Gender and Skill in Northern Sweden 1850-1950” en, Ervø, Søren, Thomas Johansson (eds.), *Among men. Moulding Masculinities. Volume 1*, Ashgate, Inglaterra, 2003.
- Keen, Sam, *Ser hombre. Mitos y claves de la masculinidad*, edición en castellano, Gaia Ediciones, Madrid, 1999.
- Kimmel, Michael S. (ed.), *Changing Men. New Directions in Research on Men and Masculinity*, Sage Publications, EUA, 1987.
- Leach, Mike, *¿Son iguales todos los “verdaderos hombres”?*, Copyright 1995. Revista XY: men, sex, politics, 3(3). (En página de Internet Ayuntamiento de Jerez, España).
- LaFollette, Hugh (1996), “Real Men” en, May, Larry, et al (eds.), *Rethinking Masculinity. Philosophical Explorations in Light of Feminism*, Rowman & Littlefield Publishers Inc., EUA, 1996.

- Lamas, Marta (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, UNAM-PUEG, México, 1996.
- Mac an Ghail, Máirtín (ed.), *Understanding Masculinities*, Open University Press, Inglaterra, 1996.
- Mac an Ghail, Máirtín y Haywood, Chris, *Men and masculinities: theory, research and social practice*, Open University Press, Inglaterra, 2003.
- Marx Ferre, Myra, Lorber Judith y Hess, Beth B. (eds.), *Revisioning Gender*, Sage Publications, California EUA, 1999.
- Parker, Ian, *Discourse Dynamics. Critical Analysis for Social and Individual Psychology*, Routledge, Londres, 1992.
- Pease, Bob, *Recreating Men. Postmodern Masculinity Politics*, Sage Publications, Londres, 2000.
- Rendón Gan, Teresa, *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*, PUEG-UNAM, México, 2003.
- Revista: *Anthropos Huellas del conocimiento*, número 177: “Psicología Social. Una visión crítica e histórica”, Proyecto A ediciones, Barcelona, 1998.
- Scott, Joan W. (1986), “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en, Lamas, Marta (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, UNAM-PUEG, México, 1996.
- Segarra, Marta y Carabí, Àngels (eds.), *Nuevas masculinidades*, Icaria editorial, Barcelona, 2000.
- Seidler, Victor J., *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*, UNAM-PUEG, México, 2000.

- Sennett, Richard, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2000.
- Valcuende del Río, José María y Blanco López, Juan (eds.), *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*, Talasa ediciones S.L., Madrid, 2001.
- Vander Zanden, James W., *Manual de Psicología Social*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1995.
- **Vattimo, Gianni y Rovatti Pier, Aldo (eds.), *El pensamiento débil*, Cátedra, España, 1995.**
- Witz, Anne, “Gender and service-class formation” en, Butler, Tim y Savage, Mike (eds.), *Social change and the middle classes*, UCL Press, Londres, 1995.